



Un extraño sello de Correos de 1961 con un biplano y un ave es el punto de partida

La caza de la avutarda en aeroplano

Los sellos no sólo se hacen eco de grandes personajes y relevantes acontecimientos de la Historia, Correos también ha dejado constancia en ellos de curiosos episodios que, aunque ahora puedan parecer hábitos y formas de pensar anacrónicas, fueron vistos en su momento como algo singular y digno de quedar registrado. Es el caso de la caza de avutardas perseguidas con biplanos entre los años 20 y 60. Éste es el relato:

TEXTO JAVIER CANO SÁNCHEZ,
JEFE DE LA OFICINA METEOROLÓGICA DE LA BASE AÉREA DE GETAFE

IMÁGENES
BIPLANO AVRO 504 K: © J.A. CIFUENTES
FOTO AERÓDROMO DE GETAFE EN 1929: © AGENCIA EFE

Todo empezó porque, no hace mucho, encontré un sello en el que aparecía dibujado un avión con una avutarda y la leyenda ‘caza de la avutarda’. Un extraño sello que se editó, junto a otros cuatro, el 11 de diciembre de 1961 con motivo del cincuentenario de la aviación española, y con una tirada de 3,5 millones de unidades. La curiosidad hizo que investigase sobre el asunto...

Allá por los años veinte del siglo pasado, un joven teniente y aviador, José Rodríguez Díaz de Lecea, que llegaría a ser ministro del Aire durante la dictadura franquista, entre 1957 y 1962, descubrió una forma peculiar de esparcimiento en las inmediaciones de la base de Getafe. El 8 de septiembre de 1922, cuando

con uno de sus alumnos realizaba en un biplano un vuelo de instrucción a poca altura, pasó cerca de un grupo de avutardas, a las que dieron persecución, logrando separar a una de ellas y a la que acosaron hasta cerca de Toledo. En otro vuelo, esta vez junto al capitán de artillería José G. Estefani, salieron en busca de otra bandada entre el cerro de La Cantueña de Parla y el de Las Brujas de Pinto. Lograron separar a una, la cual, al verse perseguida tan de cerca, dio muestras de hallarse presa del pánico. El animal, después de tres cuartos de hora sin darle tregua ni reposo, en el que describía mil curvas y regates para burlar a su perseguidor, aceleró hasta el límite la velocidad de su vuelo. El piloto, realizando arriesgadas e inverosímiles maniobras, logró tocar con el ala del aeroplano una de las alas de la avutarda, que, malparada, perdió el equilibrio y cayó dando volteretas cerca del suelo, hasta que por fin, rendida por la fatiga, se desplomó sobre un campo de labor, donde el aviador se posó y, con la carabina que portaba, la mató de un tiro, regresando con la pieza al aeródromo.

‘La nueva cetrería del S.XX’

Posteriormente, con la autorización del general Echagüe, Rodríguez organizó jornadas de caza, ya que para él era “un gran entrenamiento y una continuación de las clases para sus alumnos, que veían virar, resbalar, tomar tierra en campo labrado...”, desplegando un admirable arte de volar. El piloto perfeccionó su técnica gracias, en parte, al



Pilotos en el Aeródromo de Getafe mostrando una avutarda capturada.



empleo del *Avro 504 K*, aparato de poca velocidad pero mucha maniobra. En numerosas ocasiones las aves eran conducidas hasta el aeródromo, donde llegaban exhaustas, pero aún vivas, y eran capturadas por los soldados allí destinados.

El acontecimiento tuvo tal repercusión, que los gacetilleros de la época narraron en sus periódicos la cacería de avutardas en aeroplano y cómo los aeroplanos se habían convertido en eficaces instrumentos de caza, haciendo de esta actividad un nuevo deporte en España, y que algunos denominaron “la nueva cetrería del siglo XX”. También los periódicos ingleses recogieron la novedad, pero de otra forma bien distinta. El *Daily Mail*, por ejemplo, publicaba que el nuevo deporte era “una bárbara crueldad y se da el pésame a España y a los pájaros”. Dicha modalidad de caza tampoco pasó desapercibida al novelista Miguel Delibes, un experto en la actividad cinegética, quien describió el ejercicio de acrobacia del piloto-cazador en su obra *El libro de la caza menor* (1973). Esta práctica arraigó tanto que se desarrolló hasta muy avanzada la década de los sesenta, transmitiéndose de unas promociones de pilotos a otras y en las que se utilizaron otros modelos más modernos, como el ágil y maniobrable biplano *Bücker-CASA 1131-Jungmann* de los años 40 y 50.

De perseguidores a protectores

En el presente, la especie se encuentra protegida por ley en todo el territorio nacional, ya que es muy sensible a las alteraciones del hábitat, y está catalogada como ‘vulnerable’ por haber sufrido una notable disminución poblacional, aunque la española representa aproximadamente la mitad del total mundial. Por azares del destino, desde 1992 el 42 Grupo de Fuerzas Aéreas (que estuvo destinado en la base aérea de Getafe hasta 2007 y ahora



forma parte de la base aérea de Villanubla) colabora con el Museo Nacional de Ciencias Naturales y la Universidad Complutense de Madrid en la investigación de la avutarda común, localizando los animales marcados con emisores de radio en diversas comarcas naturales, como La Sagra, La Mesa de Ocaña, La Mancha o Tierra de Campos. Para ello utiliza la aeronave *Beechcraft F 33 C-Bonanza*.

Resulta paradójico que ahora los pilotos y sus aviones estén al servicio de la conservación de esta especie cuando hace unas cuantas décadas eran ellos los que utilizaban los aparatos para su acoso y muerte. Afortunadamente, los tiempos han cambiado y asistir a su caza de la manera descrita no se ajustaría al pensamiento racional en nuestra época.

Especie protegida

La otrora abundante avutarda, que moraba en los secanos y barbechos de Getafe, Parla, Pinto, Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco y Valdemoro, fue cazada sistemáticamente hasta casi su desaparición. En Parla, cuyo escudo incluye en el primer cuartel una avutarda dorada, desapareció en los años setenta. Tras prohibir su caza en España en 1980, en la actualidad solo quedan tres poblaciones, una en Pinto, en el Parque Regional del Sureste, y las otras dos entre Torrejón de Velasco y Valdemoro, en el Área Importante para las Aves: Torrejón de Velasco-secanos de Valdemoro, al cumplir los criterios de conservación establecidos en 2011 por la Sociedad Española de Ornitología (SEO/BirdLif), sumando un total de poco más de doscientos ejemplares.

